

De espantos y aparecidos

Antología de cuentos populares argentinos



De espantos y aparecidos

Antología de cuentos
populares argentinos

Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación e Innovación

María Soledad Acuña

**Subsecretario de Planeamiento Educativo, Ciencia
y Tecnología**

Diego Javier Meiriño

Directora General de Planeamiento Educativo

María Constanza Ortiz

Subsecretario de Ciudad Inteligente y Tecnología Educativa

Santiago Andrés

Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa

Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

**Subsecretario de Carrera Docente y Formación
Técnica Profesional**

Javier Tarulla

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

De espantos y aparecidos

Antología de cuentos populares argentinos

Berta Vidal de Battini

Idea original, revisión y diseño de la Colección *Voces de ayer y de hoy*:
Equipo de Contenidos Digitales (DGPLEDU).

Selección, adaptación de textos y prólogo: Mario Lillo y Beatriz Ortiz

Colaboración: Marcos Alfonzo y Silvia Saucedo

Diseño gráfico: Alejandra Mosconi y Estudio Cerúleo

Ilustraciones: Rodrigo Folgueira

Equipo editorial externo

Coordinación: Alexis B. Tellechea

Edición: Natalia Ribas

Diagramación: Estudio Cerúleo

ISBN: en trámite

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación e Innovación

Subsecretaría de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología
Dirección General de Planeamiento Educativo
Holmberg 2548/96, 2º piso. C1430DOV - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Índice

| | |
|--|----|
| Introducción | 9 |
| Sobre los fantasmas y otros seres | 9 |
| Algunas aclaraciones sobre el material presentado | 11 |
| Biografía de Berta Vidal de Battini | 11 |
| Relatos | |
| La Pericana | 15 |
| El Saco del Ánima | 23 |
| El Gritón | 31 |
| El jinete del Portezuelo | 39 |
| El toro astas de oro | 45 |
| La caza de los cuervos, o de lo que le pasó a Agapito Gutiérrez | 49 |
| Los negritos del agua | 55 |
| Los narradores | 63 |
| Glosario | 65 |
| Bibliografía | 66 |

Introducción

7

Sobre los fantasmas y otros seres

Espantos, aparecidos, almas en pena y otros seres que pululan entre el día y la noche pertenecen a la enorme legión de los fantasmas; por eso, primero hablaremos de ellos.

Los fantasmas son, básicamente, muertos distintos, que por algún motivo extraordinario se niegan a estar muertos. Puede ser porque no saben que murieron, porque no pueden terminar de morir o porque existe algo que no les permite descansar en paz.

Algunos de estos seres dejaron en sus vidas asuntos sin terminar: un amor, una venganza, una advertencia o aviso para los descendientes, una acción importante. Vuelven así a actuar en el ámbito de los vivos y ponen en jaque la frontera que tendría que ser la muerte.

Se los puede ver con la misma apariencia que tenían antes de morir, aunque algo deslucidos o, a veces, como un cadáver en proceso de descomposición.

Los espantos y aparecidos son un tipo particular de fantasmas; la diferencia está en que pueden presentarse ante los vivos no solo como hombres o mujeres, sino también en la forma de un animal o de un monstruo, de viento, de fuego o como una gran luz.

Los relatos con fantasmas son universales. Esto quiere decir que todas las culturas los han creado y los han transmitido, porque reflejan una cuestión central para la gente: qué hay más allá de la vida, qué pasa con nosotros después de morir.

En la cultura occidental, los fantasmas han existido desde siempre. Los primeros relatos escritos donde aparecen se remontan a la antigua Grecia y al Imperio romano. En esas culturas, no solo había obras dedicadas a esta temática, sino que también se realizaban fiestas y conmemoraciones en su honor.

Esta larguísima tradición literaria construyó sus propios tópicos, que inicialmente son frases breves que se repiten en muchas obras durante mucho tiempo, y los autores recurren a ellos para escribir sus textos, conscientes de que responden a esa tradición. En el caso de los fantasmas, podemos nombrar los siguientes tópicos:

- La venganza del fantasma.
- La deuda pendiente.
- El marido celoso que vuelve desde el más allá.
- El fantasma de un amor prohibido.
- Regreso para reparar un daño.
- Los “mal muertos” (aquellos que mueren fuera de tiempo).
- Los muertos que no fueron sepultados.
- Los que no fueron llorados.
- Regreso para enloquecer al asesino.
- El fantasma protector.
- El fantasma que repite infinitas veces una misma acción.

Los escenarios donde transcurren las historias de fantasmas también suelen repetirse: casas encantadas, castillos o monasterios en ruinas, túneles o pasajes subterráneos, cuevas y bosques son lugares clásicos en los que se encuentran estos personajes. En los relatos que estamos presentando, los vamos a ver en paisajes naturales, a plena luz del día o durante la noche; por lo general, nuestros espantos y aparecidos prefieren los espacios abiertos y les da igual si hay sol o no.

Los y las invitamos a leer estos textos tomados de la obra de Berta Vidal de Battini, con el deseo de que la pasen bien y puedan descubrir los fantasmas de nuestra tierra.

Algunas aclaraciones sobre el material presentado

Para redactar esta obra que refleja las voces de los narradores orales de nuestro país, hemos llevado adelante distintas técnicas de escritura. En general, se ha adoptado por el relato enmarcado (un relato que se presenta dentro de otro mayor), con autonomía de cada uno de los cuentos entre sí. En esta obra, el relato que funciona como marco está escrito en redondas, y la versión original de Vidal de Battini se encuentra en cursivas.

En el texto “El toro astas de oro”, se utilizó otra técnica, que no incluye el relato enmarcado: se tomó una versión de la obra de Vidal de Battini y se expandió para realizar una adaptación, que es otra posibilidad a la hora de reescribir los textos folclóricos.

El límite en la reescritura es el respeto al sentido original del texto, que no puede ser tergiversado porque es lo que permite que el relato siga teniendo vigencia y refleje las creencias de quienes narran y de quienes escuchan. Por eso, hemos seguido las versiones originales y al final se ofrece un apartado donde se nombra a todos los narradores orales que aportaron estas historias.

Biografía de Berta Vidal de Battini

Berta Vidal de Battini (1900-1984) fue una investigadora argentina que recorrió buena parte del país en busca de cuentos y leyendas. Anduvo por valles y montañas, por la jungla, por la pampa y el desierto; entró en casas, visitó fiestas y se arrimó a los fogones a escuchar de primera mano las historias que hombres y mujeres contaban cuando hacían un alto en el trabajo.

Berta estudió Filología y Literatura en la Universidad de Buenos Aires. Allí, acompañada por grandes maestros, se inició en el trabajo con el folclore: la ciencia que estudia las diferentes maneras en las que los pueblos expresan su cultura y sus saberes. Su primer trabajo en este campo fue una investigación sobre el habla de los campesinos de la provincia de San Luis, su tierra natal.

Fue docente, investigadora y durante varios años trabajó como inspectora en el Consejo Nacional de Educación. Estuvo en contacto con maestros de escuelas de todas las provincias y realizó varias encuestas nacionales para conocer mejor sus realidades. A partir de estas encuestas, pudo notar que todos los niños y los adultos del país conocían cuentos, no de los que estaban escritos en libros, sino de aquellos que todavía circulaban de manera oral entre bocas y orejas, entre cuenteros y escuchantes.

Con el apoyo del Consejo Nacional de Educación y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Berta decidió salir a buscar estas historias al territorio. Entre los años 1931 y 1978, viajó por muchos lugares entrevistando a campesinos, ancianos, niños, maestros, y a todo aquel que tuviera algún cuento para contar. Con mucha paciencia, grabó, transcribió y clasificó más de 3.000 narraciones, que se publicaron en diez tomos bajo el título *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*.

Esta obra es la compilación de relatos populares más importante que se hizo en nuestro país. Allí podemos encontrar cientos de tesoros y rarezas, desde versiones criollas de cuentos folclóricos hasta relatos únicos en su tipo, publicados por primera vez.

Se trata de un testimonio doble: prueba, por un lado, de la riqueza y la diversidad de la narrativa de nuestros pueblos; evidencia, por el otro, del compromiso incansable de su autora con la cultura popular argentina.

Además de esta obra, escribió libros literarios, como su volumen de poemas *Alas* (1924) y sus obras *Mitos sanluisños* (1925) y *Campo y soledad* (1937); asimismo, publicó textos de investigación,

como *Voces marinas en el habla rural de San Luis* (1949), *El habla rural de San Luis* (1949), *La narrativa popular de la Argentina*. *Leyendas de plantas* (1972), entre otros.

Recibió numerosas distinciones y reconocimientos, como el 1^{er} Premio de Poesía del Congreso de Artes e Industrias de San Luis, en 1946; la beca de la Comisión de Cultura, en 1957; el 2^o Premio de la Comisión Nacional de Cultura por su libro *El habla rural de San Luis*, en 1969; el 1^{er} Premio Wallance del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, en 1960; la condecoración de la Prefectura de Distrito Federal, Brasil, por su labor folclórica, y la condecoración de la asociación Cultural Sanmartiniana de San Luis por su obra literaria y científica.



La Pericana

La abuela siempre nos decía que tuviéramos mucho cuidado a la hora de la siesta:

—¡No salgan! ¡Miren que está la Pericana*!

Mis primos y yo nos mirábamos, sonreíamos y salíamos a la luz deslumbrante del sol de la tarde a correr por el campo, hasta que llegaba mi papá y nos mandaba adentro de la casa:

—Vayan adentro, que se van a insolar. Cuando el sol baje, salen de nuevo.

Y entrábamos, a esperar que pasaran dos horas, mientras hablábamos bajito para no despertar a los grandes que dormían.

Hasta que un mediodía, la abuela, cansada de nuestras sonrisas, nos contó:

La Pericana sale a la siesta. Es una vieja muy fiera que corre y castiga a los niños que encuentra fuera de las casas andando sin permiso de los padres o haciendo picardías. A los niños traviesos se les aparece en formas distintas. Casi siempre lleva un rebenque muy largo, de arriero o de carrero, o una larga varilla para pegar, y es muy alta y de cara espantosa.

Una vez estábamos un grupo de niños, a la siesta, abajo de un árbol. Nos habíamos escapado sin permiso de los padres. En eso vimos aparecer del lau de la viña una figura muy alta, como un gigante, con cara de largos dientes, que echaba fuego por los ojos, y con un gran cuchillo en la mano. En quantito la devisamos salimos corriendo

.....

1 Las palabras marcadas con asterisco aparecen definidas en el glosario, al final de este libro.



despavoridos. Sabíamos muy bien que esa era la Pericana, que asusta a los niños que andan a esas horas haciendo lo que no se debe hacer. Cuasi morimos del susto que nos llevamos.

Cuando la abuela dejó de hablar, a mis primos y a mí se nos había borrado la sonrisa, y esa tarde mi papá no tuvo necesidad de mandarnos adentro, porque no salimos de la casa; ni esa tarde, ni muchas otras... La Pericana pasó a ser una sombra que se nos aparecía detrás de cada árbol o piedra, y nos dejaba sin ganas de jugar.

Pasaron los años y me mudé cerca del paraje de la Represita, en San Luis, donde me ofrecieron un trabajo como ingeniero agrónomo y acepté, contento de volver a mi tierra. Me esperaba una temporada veraniega, muchas siestas por delante... pero ahora tenía que trabajar, no podía encerrarme ni dormir.

Un grupo de muchachos del lugar me ayudaba a cuidar los almacigos de las plantas que estaba investigando y, después de almorzar, se tiraban debajo de un gran algarrobo que estaba en el patio de la casa donde paraba.

—Hay que cubrirse del sol de la siesta, ingeniero, usted ya sabe, ¿no? —me dijeron, y yo acepté.

Los escuchaba charlar desde mi dormitorio, donde esperaba que pasara el calor de esas horas. En esos momentos de duermevela, la voz de mi abuela empezó a susurrarme nuevamente su historia de la Pericana, al principio bajito y luego cada vez más fuerte, hasta que una tarde tuve que salir al calor de la siesta a tirarme con mis ayudantes abajo del algarrobo.

—¿Qué pasa, ingeniero? ¿No puede dormir?

—Debe ser el calor. Después de tantos años viviendo en el sur, me parece que me acostumbré al frío.

—Sí, hace calor, mucho sol, hay que tener cuidado —comentó Javier, el más simpático del grupo.

—Además, está la Pericana... —agregó Mario, otro de los miembros de la cuadrilla, mientras se abanicaba con la gorra.



—¡Ehhh! Esas son cosas de chicos y de viejos, no embromes —dijo Javier, riéndose.

—Son cosas de jóvenes también. Hace tiempo yo no le llevaba el apunte, hasta que me pasó algo.

—¿Qué? —le pregunté yo, entre curioso y temeroso de lo que podía contar.

—Me pasó que andaba por la zona de Pringles, acá en San Luis, y un compañero de trabajo me contó una historia, como quien pasa el rato:

Dicen que la Pericana tiene la cola de clavos y de espinas. Que aporrea a los muchachos que no le obedecen o la insultan. Y que a veces se hace besar por estos mismos muchachos.*

Que una vez estaban unos muchachos riéndose de la Pericana. Y que decían que le iban a pegar y que le iban a cortar la cola, y que le iban a correr. Que la insultaban de todas formas, haciéndose los corajudos, estos muchachos. Y en eso, que había estado la Pericana oyéndolos, y que se les apareció de golpe. Que se les heló la sangre a los muchachos, que no sabían para dónde escaparse. Dicen que se les apareció como una vieja alta, flaca, la cabeza y la cara tapadas. Que no se le veía casi la cara. Que traía un rebenque, y que les dice con voz gruesa:

—A ver, ¿quién ha dicho que me va a pegar y que me va a cortar la cola? ¿Quién ha dicho que va a salir nomás a la siesta para correrme? ¡Tomen! ¡Tomen! —Y que decía y les pegaba con un arriador larguísimo.

Y que la Pericana los aporreó hasta que se llenó. Que los castigó con la cola de espinas que tiene y que hizo, después, que la besaran. Los muchachos, de susto y dolor, le pedían disculpas, y le decían que los perdonara, que nunquita más le iban a nombrar más. Y así, medio desnudos y lastimados, los dejó la Pericana después de que les dio una buena azotadura. Y que los muchachos nunca más se rieron ni insultaron a la Pericana. Dicen que le han conta* a los padres lo que les ha pasado, y los padres les han dicho que muy bien, por atrevidos.*

Entonces, Mario nos miró a todos y continuó:

—Cuando terminó de hablar, yo empecé a reírme, y de repente se sintió a lo lejos el chasquido de un látigo y el ruido de algo que se arrastraba. Los dos miramos para todos lados, y nada, pero el rebenque seguía restallando. Despacito, retrocedimos hasta el galpón y cerramos la puerta.

La historia de Mario produjo un breve escalofrío entre los que estábamos reunidos a la sombra del algarrobo. Nadie dijo nada, y cuando el sol empezó a aflojar, volvimos al trabajo.

Pero desde ese día ando con mucho cuidado a la hora de la siesta, me encierro en mi cuarto y no duermo, porque vigilo los ruidos, hasta los más pequeños. Trato de oír si más allá del viento y el susurro de las hojas se escucha el chasquido de un rebenque o el arrastre de una cola de reptil.



El Saco del Ánima

Me enteré de que usted anda preguntando por el caserón del Saco del Ánima. Si tiene tiempo, le cuento. Soy de la zona y siempre me interesó la historia del lugar.

Ahora lo ve así, venido abajo, despintado, con el techo desvencijado, las ventanas sin vidrios, pero hace mucho era una belleza, hasta mármoles en el frente tenía.

Lo mandó hacer un capitán de la marina mercante, el capitán Zanabria se llamaba. Vino a vivir a la zona hará más de sesenta años, por ahí más o menos; vino con la hijita, hermosa era, Amalita se llamaba, y siempre iba vestida de blanco, como si nunca se ensuciara, y eso que le gustaba andar por la orilla del río y por los caminos, pero siempre limpiita. Igual que el capitán, que salía a la terraza, esa que da al río, siempre de punta en blanco; salía al atardecer a mirar a la Amalita jugando hasta la hora de la cena.

Parece que era viudo y que decidió, al retirarse, venir a vivir acá con la niña, lejos del pueblo y cerca del agua, para alejarse del recuerdo de la finadita; se los veía felices y la casa era una belleza. A la noche, brillaban todas las ventanas con las luces de los salones y cada tanto hacían fiestas y venía gente de todos lados.

El capitán trajo un barco chico y se hizo hacer un amarre, ahí en la ensenadita. Acá le decimos “saco”, porque es una entrada bien cerrada en el río. Muchas tardes salían a pasear por el río para disfrutar, ¿vivo?

Pero me olvidé de preguntarle si quiere un mate; es amargo, pero está bueno, ¿no quiere?

Bueno, entonces le sigo contando. La niña iba a cumplir 15 años y el capitán le organizó una gran fiesta. Se decía que iba a ser la más grande en muchos años por estos lugares; vino la gente importante de leguas a la redonda: intendentes, jueces, médicos, todos, hasta de la capital vinieron, no faltó nadie. Desde temprano empezaron a llegar los músicos, nadie había visto algo igual: era una orquesta entera, los asadores iluminaban la noche de la cantidad de brasas que tenían... Finalmente arrancó el baile con el padre y la niña, y al rato ella estaba bailando con un muchacho lindazo, hijo de un estanciero, y el padre con una viuda, dueña del almacén de ramos generales del pueblo, rica, y decían que de mal carácter, pero vio cómo es la gente.

A partir de esa noche, se hicieron inseparables: el capitán y la viuda, la niña y el joven, pero por separado, ¿vivo? Los jóvenes paseaban por la orilla del río y los grandes estaban en la terraza tomando una limonada. Todos sabían que la viuda y la niña se caían mal; sería envidia, celos, vaya uno a saber, y el asunto iba cada vez peor... Hasta que una noche el capitán y la niña tuvieron una pelea, gritos, llantos, portazos, la gente que trabajaba en la casa no lo podía creer; antes eran inseparables y ahora el aire en la mansión era irrespirable.

A la mañana siguiente, cuando la chica que hacía la limpieza abrió la puerta principal, vio el caballo del joven atado al palenque, pero ni rastro del jinete. Avisó adentro y fueron a golpear la puerta del dormitorio de Amalita, como le decían todos, y va que no la encuentran, y tampoco al padre. Salieron a la terraza a mirar si estaban en el río y fijese que faltaba el barco... Raro, ¿no le parece?

Fueron a buscarlos por todas partes, por el agua y por el campo, fue como si se los hubiera tragado la tierra o el río, que suele ser peligroso cuando sopla fuerte el viento.

Pasaron algunas semanas y el padre del chico, el estanciero, la fue a encarar a la viuda al almacén:

—¡Vos sabés algo! ¡¿Qué le hicieron a mi hijo?! ¡Hablá!

Dicen algunos que la insultó y lo pararon entre dos, y entonces se fue. No sé si la mujer se asustó o tenía algo que ocultar, pero en menos de una semana le dejó el negocio a un administrador y se fue a vivir a Rosario.

Al tiempo, aparecieron tres cruces al borde de la barranca que lleva al río y la gente empezó a hablar de cosas que pasaban por acá... ¿Usted quiere saber algunas? Le cuento lo que a mí me contó gente de por ahí:

Acá para la parte del Timbó, dicen los viejos de áhi, del lugar, hay una parte que se llama Las Tres Cruces, en la costa. Es costa de barranca alta.*

Dicen haber visto de noche, siempre de noche, sea martes o viernes, días del lobisón que le llaman, días de los aparecidos, que han visto, dicen, a un hombre, tipo vestido así, de capitán, de gorra de marino, fumando su pipa, y a una hija de blanco, completamente de blanco. En la costa del agua se ven. Y se sienten voces, todo, cosas de aparecidos. Voces de que hablan entre ellos. Y ella, dicen los que la han visto, parece como una Virgen, porque es de un color blanco, una loza.

Al rato se siente como que se tiran al agua, como un chapuzón, como cuando golpea un pescado, así. Y esa visión se desaparece.

Siempre que van le prenden velas, todo eso, porque hay creencia de que en el lugar ese naufragó un barco, y se ahogó el capitán y la que creen que es la hija de él. Y por eso se ven esos aparecidos, cuando hay tiempo malo, refucilo, todo, tormenta, se ven esas apariciones. Ahí están las tres cruces.*

Muchos pescadores del lugar la han visto a la chica esa que se arroja al agua. Vestida de blanco íntegra, como una novia. La otra cruz parece que era el novio de la hija del capitán. Todos creen en la leyenda porque más de una persona la ha visto. En el lugar la ven siempre cuando hay tiempo malo, viernes o martes dicen que aparece.

¿No me cree? Mire que acá hay muchos que los han visto, y para que se saque las dudas, a ese lugar muchos lo llaman el Saco del Ánima, porque hay más historias de aparecidos. El otro día, sin ir



más lejos, yo estaba así, como ahora, sentadito en el amarre mirando el río, cuando llegaron unos pescadores y me dijeron:

En una oportunidad en que nosotros salimos de este lugar en una lancha, llegamos al punto ese que se llama el arroyo El Nuevo, entrando sobre la costa de la isla de Dome y la isla de Zumalacarregui.*

En un arroyo que termina en el Paso el Irigoyen, frente al Palmar, hay un paraje que se llama el Saco del Ánima. Se llama "saco" porque es una entrada muy cerrada. Aproximadamente unos mil metros antes de llegar a ese lugar nosotros, mi compañero dice:

—Áhi una canoa.

Entonces le digo:

—Tiene que haber gente.

Y la veo yo. Sí, una canoa blanca. Cuando nos aproximamos al lugar ese, la canoa no estaba. Y las dos personas arriba estaban de blanco; así la habíamos visto a la canoa, con dos personas.

Y cómo podía ser que desapareciera si había una barranca de dos metros de profundidad, de arriba del monte abajo. Y cuando llegamos a ese punto la canoa no estaba.

Era un día feo, ¿no?, de mal tiempo. Y tan es así que nos agarró un golpe de agua enseguida. Ya era la entrada del sol. Ahí en ese lugar, justamente, a otro compañero pescador le pasó un caso similar.

Que ellos estaban pescando en ese lugar y sienten que venía una canoa, del lado de la casona, ¿no? La verdad que ellos dijeron:

—Serán algunos pescadores que venían.

Y no aparecía la canoa. Y remaban y remaban y remaban, y no aparecía la canoa. Hasta que vieron que no era nada. Entonces se quedaron tranquilos, nomás. Y por áhi sienten que venía un caballo. Pero al galope por entre los caminos de la isla. Entonces se ladiaron ellos del lugar, porque estaban justamente en una senda donde cruzan los animales. Y se ladiaron de áhi para darle paso.*

Sentían que lo nombraban al caballo, lo apuraban, y el galope se sentía. Y cuando ellos salieron así, para ver, no vieron tampoco nada. Y cosas como estas les ocurrieron a muchos pescadores.

Y áhi ha ocurrido en algún tiempo algún caso, alguna muerte o alguien que se ha ahogado. En fin, al final, o mataron a alguien o lo enterraron por áhi. Eso es lo que yo oí y yo vi. Tal es así que yo, solo, nunca más quise ir. Y cuando vamos, llevamos linternas de largo alcance y solo de noche. Antes yo no creía lo que contaban, pero cuando me pasó eso ya creí. Los pescadores, muchos me han contado casos de esos. Por eso se llama el Saco del Ánima.*

¿Y? ¿Qué me dice? ¿Vio cómo habla la gente? Mire, no le ofrezco más mate porque el agua se enfrió. La verdad es que el cacerón se vino abajo poco a poco, nadie lo reclamó, se ve que no había parientes.

Se fueron llevando de a poquito las ventanas, las lámparas, las puertas, todo lo que se podía sacar, hasta los caños, y yo pienso que la casa está esperando que alguien venga y se quede con ella, ¿no le parece?... ¡Ah! Pero mire quién está.

¡Eeeh! ¡José! ¡Buenas tardes! ¡Eeeh!

Chá, que nadie saluda... ¡Oiga, don! ¿Adónde va?... Y este también se va sin decir nada.*

El hombre se paró, recogió el mate y la pava y rumbeó para la casona, caminando por un sendero que subía por la barranca. De repente, sopló un fuerte viento que corrió una nube que tapaba el sol y entonces un rayo lo atravesó, como si no existiera.



El Gritón

— ¡Aaaaaaaaahhhhhhhhaaaaaa! ¡Oooooaaahhhhhhooooo!
 ¡Grrraaaaaaaaooooo! ¡Buuuaahhhhaaaaa!

Pedro se sentó en la cama sudado y con los gritos resonando todavía en su cabeza. La puerta del dormitorio se abrió y entró su tía Carmela:

—¿Qué te pasa? ¿Qué son esos gritos? ¿Te sentís mal?

—Tuve un mal sueño. Perdoname por despertarte, pero yo no grité, me parece que los gritos venían de afuera... ¿O de adentro de mi cabeza? No sé, no entiendo nada.

—¿Te hago un té? ¿Querés algo? —preguntó la tía, preocupada por su sobrino.

—Mejor trato de seguir durmiendo. Eso sí, dejo la luz prendida, por si acaso.

—Bueno, mañana hablamos —contestó Carmela mientras cerraba la puerta.

Cuando se quedó a solas, Pedro no lograba volver a dormirse. Finalmente, se levantó, fue a sentarse a un silloncito junto a la ventana para leer, pero se quedó pensando en su sueño: de dónde había salido, qué eran esos gritos que todavía resonaban en su imaginación... Y entonces se acordó del viejo que se había cruzado en el río, allá cerca de la barranca, hacía dos o tres días, cuando había ido a pescar desde la orilla. Primero hablaron del clima y del pique, después le preguntó de dónde era y él le contó que venía de Buenos Aires a pasar las vacaciones, que era su primera visita. Entonces el viejo habló del pueblo, de los vecinos, y finalmente comentó algo del pasado:



Esto pasó hace muchos años, aquí cerquita nomás, adonde están estas barrancas. Entonces no eran barrancas, todo eso eran unos bajos y todo era muy monte. Solo había un caminito, apenas, para ir uno solo. Y en las noches naides podía pasar por ahí porque les salía el Gritón.

Entonces, un hombre que volvía de Los Baldes iba pasando para la Toma Alta, y mi tata le decía que no se dispusiera a pasar porque ya era muy de noche, porque naides pasa a estas horas, porque sale el Gritón. Y el hombre no quería creer, él no tenía miedo, y que si salía lo iba a hacer por las claras, que para eso llevaba su cuchillo. Y así se fue nomás, pero apenas llegó al bajo siente un grito muy lejos, y ahí nomás otro grito ya cerquita, casi al lado del hombre. Y ahí nomás ya se le puso adelante, atajando la senda, un bulto lanudo. Era gris, pero no tenía cabeza. Estaba en medio del camino y no lo dejaba pasar. Y no había cómo hacerse a un lado porque como era todo muy monte y el camino angostito, no se podía salir del camino para pasar, y entonces el hombre saca el cuchillo y le dice:

—Amigo, hágase a un lado, deme la pasada.

Y el bulto ni se movía. La mula en que iba montado el hombre estaba quedita*, ni se movía siquiera.

Entonces el hombre con el cuchillo le hace unas cruces cerquita del bulto y por fin le da camino libre. Y el hombre sigue nomás andando, pero más allá se le vuelve a aparecer el bulto adelante. Ya entonces el hombre se abraza al cogote de la mula y, con el cuchillo en la otra mano, queda descompuesto.

El hecho es que cuando llega a Loma Alta estaban ahí varios hombres y sienten que en el corral andaba el animal de este hombre. Y dice la mujer de uno de ellos:

—Oigan, parece que la mula del amigo se ha venido, se la siente que anda buscando el pasto en el corral.

Y entonces los hombres se van al corral a verla y la encuentran con el amigo que estaba como muerto, abrazado a la mula y con el cuchillo que no lo largaba. Lo bajan en peso y después, cuando ha recuperado el conocimiento, dijo:

—Hermanitos, ¡ahí viene!, ¡ahí viene!



El pobre hombre tenía mucha fiebre y le costó enfermedad por mucho tiempo.

Carmela golpeó la puerta del dormitorio de su sobrino y lo invitó a desayunar. Pedro se despertó sobresaltado, todavía en el silloncito y con un poco de dolor de cabeza. Se vistió y fue a la cocina, adonde lo esperaba su tía con tostadas, mermelada de naranja, una taza con café con leche y una mirada interrogante:

—¿Y, Pedro? ¿Al final pudiste seguir durmiendo?

—Al principio no, porque me quedé enganchado con un encuentro que me desveló bastante y que ahora pienso que fue el culpable de mi mal sueño.

Entonces, le contó la historia y, a medida que iba avanzando, la cara de su tía iba cambiando, de la serenidad al fastidio.

—Pero, tía, ¿qué te pasa? —le preguntó ante ese cambio.

—Me pasa que la gente de este lugar me tiene cansada.

—Explicame, porque no entiendo nada —le pidió su sobrino.

—En estos lugares, cuando sos chico, siempre hay algún adulto que te cuenta historias para asustarte; incluso se disfrazan de hombre de la bolsa o del cuco o qué sé yo, de Gritón, y te aparecen de golpe. A mí me pasó cuando era chica. Primero mi padre empezó a contarme historias...

—¡Qué bueno! El abuelo disfrazado y haciendo “buuu” como un fantasma, y yo me lo perdí.

—¡Ah, no! Si me tomás el pelo, no te hablo más —protestó Carmela.

—Dale, tía, no te enojés, seguí que me interesa.

—Bueno, me acuerdo de que me nombraba al Gritón, también le decía Berreador. Una tarde me dijo que a veces se aparece como una vaquita chiquita con cuernos de oro o de plata, siempre de noche, y que cuando te acercás, se transforma en un hombre grande que empieza a gritar, te agarra y te lleva bien alto, y después te tira a la orilla del río; por ahí te salvás y por ahí te morís con la

caída. Cuando terminó el cuento, yo estaba muy asustada. ¿Podés creer que salió al campo a gritar escondido atrás de una ternerita que teníamos en esa época? Me metí debajo de la cama hasta que vino la abuela a buscarme y entre todos me convencieron de que había sido mi papá.

—¡Jajaja! ¡Qué gracioso! ¡Muy gracioso el abuelo! ¡Jajaja!

—Pedro no podía parar de reírse.

—Sí, vos reíte, pero yo durante mucho tiempo veía una vaca y salía corriendo —confesó la tía Carmela, mientras lavaba las tazas y recogía las migas de las tostadas.

Esa tarde, Pedro volvió al río a pescar y no se encontró con nadie. Cenaron y después de mirar televisión un rato se fue a dormir. Era una noche tranquila, solo se escuchaba a lo lejos ladrar algún perro, y el...

—¡Aaaaaahhhhaaaa! ¡Oooaaahhhoooo! ¡Grraaaaaooooo!
¡Buuuaahhhhaaaa!

Pedro se sentó en la cama sudado y con los gritos resonando todavía en su cabeza. La puerta del dormitorio se abrió y entró su tía Carmela...



El jinete del Portezuelo



Ay, mamita! No sabés lo que vi.

—No, no sé. Mirá, Clara, vos venís siempre con historias raras, así que ni me imagino qué viste esta vez.

La madre se la quedó mirando, mientras dejaba de cortar las papas para la tortilla que pensaba hacer para la cena.

—Vi... vi algo allí en la curva del camino, donde arranca el monte, yendo para el cerro del Portezuelo...

—Aah, entre los pinos —le dijo la madre.

—Sí, ahí, era un hombre a caballo, pero parecía una sombra, se veía todo negro, ¿viste? Y había viento y se escuchaban gritos o algo así, ¿vos no escuchaste nada?

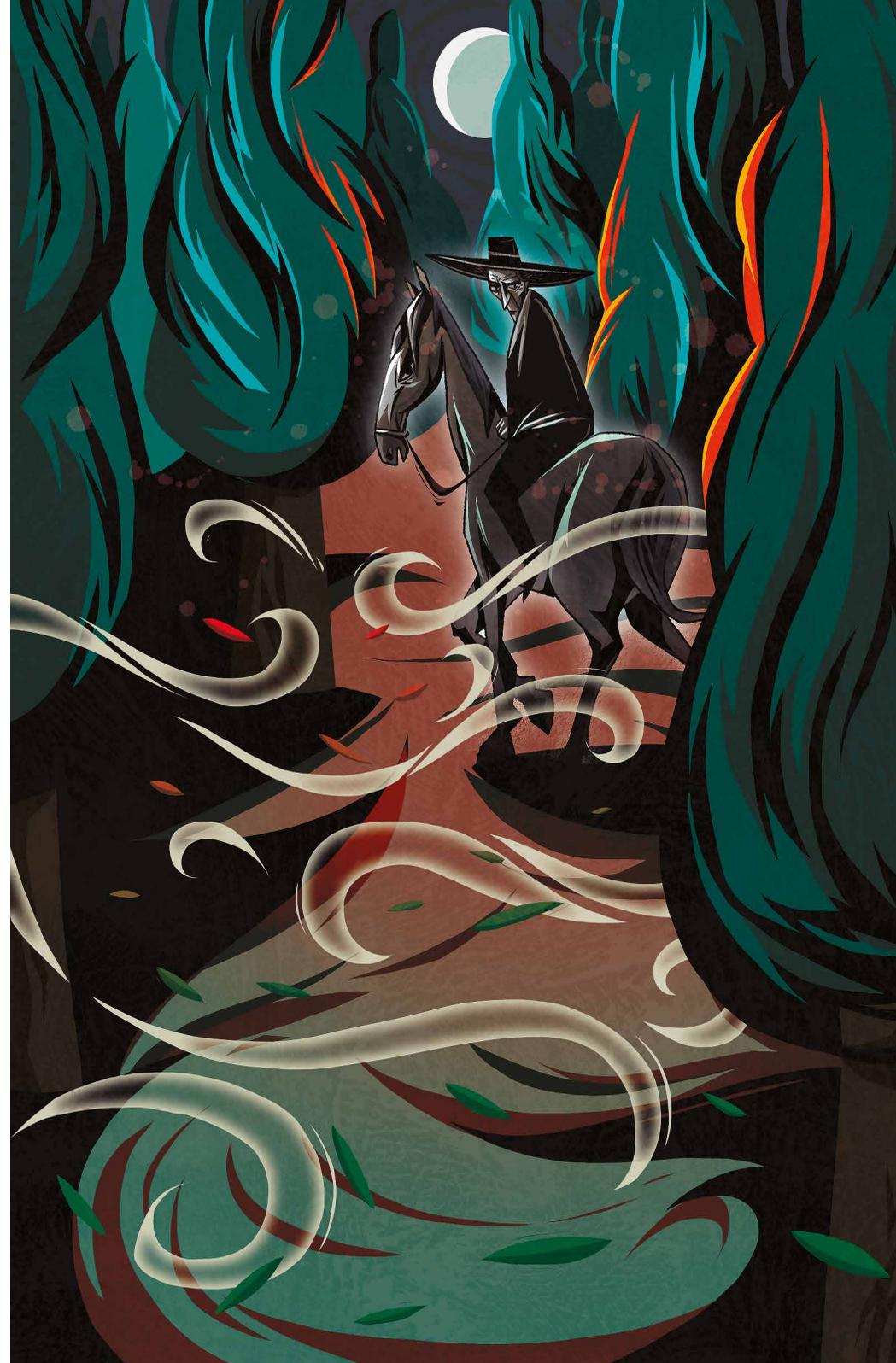
—No, no escuché nada.

—¡No puede ser! Las ramas se movían y el caballo relinchó, el hombre gritaba; reculó* y salieron disparados para el cerro.

—Mirá, nena, en una noche sin luna, una se puede confundir, se ven sombras, algún pájaro que chilla acomodándose en una rama o un perro, qué sé yo... Tendrías que haber llevado la linterna y listo. Ya estás grande, tenés 15 años y seguís asustándote de cualquier sombra. Lo que quiero saber es si conseguiste los huevos para la tortilla, tenías que ir a lo de los García a pedir seis y traerlos.

—Después de lo que vi, vine corriendo a casa, me dio miedo; no me pidas que vaya porque no salgo más.

La madre soltó el cuchillo, agarró la linterna y, mientras iba a casa de los vecinos, pensaba en que las excusas de su hija para no hacer lo que le pedía eran cada vez más extrañas y traídas de los pelos.



Al otro día, los compañeros de Clara escucharon su historia y también le hablaron de la oscuridad y de lo fácil que es ver lo que no está en la noche, pero Clara insistía, hasta que finalmente la dejaron sola, cansados de escucharla.

Después fueron público involuntario de su relato los docentes, los vecinos y los clientes del almacén que quedaba al costado de la ruta. Todos insistían en que había sido un engaño de la noche, que en realidad no había pasado nada... Pero Clara sabía lo que había visto. También sabía que en el pueblo no iban a creerle y que ya estaban mirándola con un poco de pena, así que no habló más.

Pasaron unas semanas y la chica ya pensaba que efectivamente su imaginación le había jugado una mala pasada, así que esa noche bajó la linterna del estante de la cocina y decidió ir a lo de Marita, su amiga.

Justo cuando pasaba por la puerta del almacén, alguien le chistó. Era un hombre sentado al costado de la puerta del negocio, que le dijo:

—Te estuve buscando. Quería decirte que yo te creo, porque sé lo que viste.

Clara se acercó despacio y le pareció reconocerlo de haberlo cruzado varias veces en la plaza. Más tranquila le preguntó:

—¿Y qué fue lo que ví?

—Te explico:

En las sierras del Portezuelo se ve siempre un jinete que anda montado en un caballo negro y muy brioso. Este hombre anda siempre al galope. El jinete sale de la cumbre y galopa hasta el mismo paso, hasta el Portezuelo, y se vuelve. Y así anda mucho tiempo al galope subiendo y bajando. Dicen que casi siempre grita y grita. No se sabe si dice algo, pero sus gritos son parecidos a los gruñidos del cerdo y se oyen desde muy lejos. Cuando sale este jinete, corre un viento muy fuerte en el valle y seguro que llueve.

—Es lo que vi esa noche, estaba segura... Pero, si se ve siempre, ¿por qué nadie me cree y todos me aconsejan olvidar lo que ví?
—le preguntó Clara.

—Lo que pasa es que la gente elige no ver esas cosas, y si las ven, se hacen los olvidadizos o hacen que no entienden bien. Se dicen para adentro: por ahí fue el viento o un bicho, la oscuridad o la luz de la luna.

—Pero ¿por qué...? Es más fácil aceptarlo y no hacerme pasar por loca.

—Es que si lo aceptan, tienen que preguntarse quién o qué es el jinete...

—Para mí, es un fantasma, ¿no? Algo que aparece para asustar, un aparecido, como dicen los paisanos.

—¡Ey, Clara! ¿Con quién estás hablando?

Clara se dio vuelta para ver a un grupo de sus amigos que la señalaban, se reían y se daban codazos entre ellos. Asombrada, se volvió para señalar al hombre con el que estaba hablando, pero no había nadie, no había nada.



El toro astas de oro

Se cuenta que, en años anteriores a este, en un lugar llamado El Codo, vivía un matrimonio muy rico y poderoso, que tenía una hacienda que iba desde Alijilán hasta la Cuesta del Portezuelo; toda esa extensión, miles de hectáreas, comprendía la estancia.

El casco* principal, donde vivían durante el año, era en El Coco; allí se hacían las yerras y los rodeos, bajo la dirección del dueño y de un hijo único que tenía un solo defecto: le gustaba apostar a cualquier cosa, y en esas apuestas siempre perdía.

Participaba de todos los juegos de cartas y dados de la zona, además de tirar plata a las patas de los caballos que participaban en las cuadreras* y en las riñas de gallo. Sin dudas, ya estaba enviado.

Las peleas entre padre e hijo eran frecuentes, los gritos e insultos terminaban siempre con el portazo del hijo que se encerraba en su dormitorio murmurando: “Pronto sabrán lo que valgo, les voy a demostrar a mi papá y a todos que soy el mejor hijo”.

Una noche de luna, mientras este hijo regresaba desde la ciudad a su casa, por los campos y quebradas solitarias que le tocaba pasar, sin una moneda en el bolsillo, pensando en cómo explicarle a su padre la pérdida cuantiosa del dinero de la venta de unos animales, imaginando una nueva pelea, sintió el bramido de un toro que le llamó sobremanera la atención por su fuerza y su tono. La fiera se acercaba cada vez más, hasta que se puso a la vista y a tiro de lazo.

Sorprendido, miró al toro, que era un hermoso animal, de pelaje castaño y de astas brillantes, que se veía que eran de oro, en el resplandor de la luna. Se le ocurrió que era una excelente oportunidad para quedar bien con su padre; si llevaba el toro a su casa,

todo, sus pérdidas y sus errores serían olvidados, aunque fuera por un tiempo.

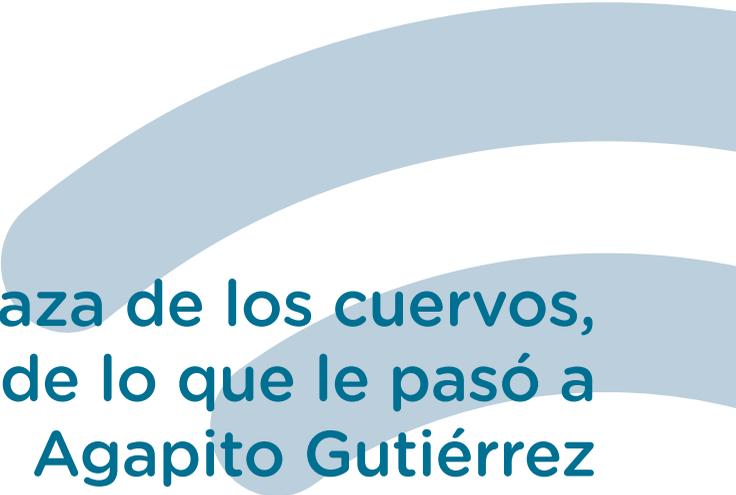
Deseoso de atrapar y tener este animal, que sería la fortuna para su estancia, sacó el lazo que llevaba en los tientos* de la montura, y corrió en vano por cerros y quebradas sin conseguir enlazarlo, hasta que rendido de cansancio volvió a su casa, con la ropa rota y la cara y las manos lastimadas por las ramas.

Cuando su madre lo vio entrar de esa manera, le preguntó qué le había pasado. El joven ni siquiera la miró; entró en su dormitorio para cambiarse y salir a pedir un nuevo caballo para continuar la búsqueda del toro.

Cuenta la gente antigua que este joven siguió días y días campeando por encontrar al toro de astas de oro y que hacía corridas* en cuanto oía que bramaba un toro en la estancia. Sus padres, desesperados, trataban de detenerlo, pero el hijo no les contestaba, ni siquiera los miraba y nadie se ocupaba de la estancia.

Dicen que la propiedad fue perdiéndose poco a poco, que la gente que trabajaba en el lugar empezó a irse, nadie les decía qué hacer ni les pagaba los jornales, y dicen que el toro de astas de oro se llevó los animales a los cerros de Tucumán, que se fueron poblando de mucha hacienda con el correr del tiempo. El hijo de esta gente tan rica quedó pobre y sus padres murieron en la más absoluta tristeza y decepción por ese hijo que enloqueció tras las huellas de un toro que ni ellos ni nadie pudieron ver.

Desde aquellos tiempos, en los cerros de Tucumán se hacen todos los años grandes corridas de hacienda. Este toro de astas de oro es el dueño* de la hacienda y a veces se aparece para castigar a los que no saben cuidar sus animales y ocuparse de sus estancias como deben.



**La caza de los cuervos,
o de lo que le pasó a
Agapito Gutiérrez**

El profesor Agapito Saldívar, ya jubilado, se dirigió como todos los viernes a la casa de su madre a cenar. Llevaba en su mano el libro de Edgar Allan Poe, el escritor favorito de los dos.

Al hombre siempre le llamó la atención el fanatismo materno por la obra del escritor estadounidense, ya que ella se había criado en el monte jujeño y a gatas había terminado la primaria; su conocimiento literario se reducía a las historias y anécdotas de su tierra.

Así y todo, su madre tenía una extraña obsesión por el poema “El cuervo”. Siempre le pedía que se lo leyera antes de irse. Esa noche le iba a preguntar por qué lo hacía, por qué siempre el mismo, por qué siempre “El cuervo”.

Al terminar la cena, mientras su madre preparaba el café, Agapito se la quedó mirando y le preguntó:

—Mamá, hace muchos años que vengo los viernes a cenar y a leerte distintos autores y sus obras. Hemos leído a Borges, Cortázar, Zola, Faulkner, hemos leído novelas, cuentos y poemas, y vos siempre terminás pidiéndome que traiga el libro de Poe y te lea “El cuervo”; me encantaría saber: ¿por qué?

Jacinta Pérez de Saldívar, madre de Agapito, miró a su hijo y comenzó a reírse bajito. Al rato le contestó:

—Ese poema me hace acordar a cuando era chiquita, allá en el monte... Pero antes de contestar, yo quiero preguntarte si alguna vez pensaste por qué te llamás Agapito.

El profesor Agapito Saldívar no supo bien qué contestar a la pregunta de su madre:

—No sé, algún antepasado de mi padre, o quizás por el santoral; como en casa siempre me decían Cachito, realmente nunca me lo pregunté...

Jacinta lo miró nuevamente y negó con la cabeza:

—No, m’hijo, fue un capricho mío, y tanto le insistí a tu padre que al final me dijo que bueno, que te pusiera Agapito, pero que él te iba a llamar Cachito.

—Bueno, no puedo negarte que me desilusiona un poco que sea producto de un capricho; pero seguís sin explicar de dónde sale el nombre Agapito y por qué querés escuchar “El cuervo” de Edgar Allan Poe.

—Está bien, te cuento. Cuando era chica, vivíamos a la entrada de un pueblo medio perdido, allá en Jujuy, y a la mañana temprano veíamos pasar a muchachos con hondas rumbo al monte. Sabíamos que había muchos animales y que a algunos los cazaban, pero en mi casa nadie lo hacía. A mis hermanos y a mí nos encantaban los animales, sobre todo los pájaros; mi preferido era el cuervo, me gustaba su negrura y el brillo de los ojos.

”Muchas mañanas, bien temprano, salíamos corriendo al monte a espantar a los animales, gritando y tirando piedras, para que cuando llegaran los cazadores no encontraran nada. Otras veces, nos metíamos entre las plantas y hacíamos ruiditos para despistarlos y llevarlos lejos de los nidos o de las cuevas donde vivían los pespieres* o las mulitas... pero siempre parecía que nuestros esfuerzos por ahuyentarlos o confundirlos eran poco eficientes.

”Una tarde le pregunté a mi maestro de la escuela si nadie castigaba a los cazadores y él me contestó con una historia, que decía así:

Un viejito les decía siempre a los cazadores:

—No cacen muchos animales. Los animales tienen siempre dueño que los defiende, como Coquena defiende las vicuñas. Y se cuentan muchos casos de cazadores que han sido castigados y que se han perdido. Y eso es cierto y todos cuentan casos que conocen.

Mi mamá me contaba que un hombre de Iturbe, Agapito Gutiérrez, que era compadre de ella, cazaba cuervos en gran cantidad, y que los vendía muy bien.

Le habían dicho que no cazara tantos cuervos, porque le podía pasar algo malo. Y le pasó un caso que casi se murió. Y que un día le apareció un hombre de negro con pañuelo blanco y le preguntó por qué cazaba tantos cuervos para vender. Agapito dijo que tenía mucha necesidad, pero el hombre le dijo que mataba de más, y le pegó tanto que Agapito perdió el conocimiento y después apareció ensangrentado y rajuñado y casi se murió. Y Agapito Gutiérrez no cazó más cuervos.

”Y cuando finalizó, me dijo: “Jacinta, no sé si existe el dueño de los cuervos, pero me gusta pensar que los cuervos y los otros animales tienen maneras de defenderse de los cazadores, y que mientras haya chicos y chicas como vos que se preocupan y los quieren proteger, por ahí, quién te dice, se acaban los cazadores”.

”Desde ese día, en cuanto tenía una oportunidad, le contaba la historia de Agapito Gutiérrez al que se me cruzara, para averiguar si alguien lo conocía. Tanto la conté que cada vez que pensaba en mi infancia y en el monte, pensaba en esa historia, y al final le tomé cariño al nombre Agapito. Por eso te puse ese nombre... Y cuando muchos años después me leíste el poema de Poe, sentí que ese cuervo era uno de los de mi monte, y que ese “nunca más” que repite en el poema es para avisarme que no los andan cazando.

Esa noche, mientras el profesor Agapito Saldívar caminaba de regreso a su casa, pensando en lo poco que sabía de su mamá, le pareció ver un cuervo posado en un árbol que lo miraba con curiosidad.





Los negritos del agua

Flotan sobre el agua de las lagunas, de los arroyos, de los ríos y los esteros, jugando con la luz del sol. Los negritos bailan entre los juncos, empujándose entre ellos, mientras se ríen de los peces que se alejan, porque saben que son traviosos. Algunas madrugadas creen recordar un cierto dolor en las espaldas; entonces se zambullen hasta el fondo y el frío del agua los consuela y se olvidan, aunque no saben bien de qué.

En la laguna Cáceres y en la costa del arroyo Barca, se los ve a los negritos. Son negritos pora, que tienen las lagunas que no se secan nunca. Las lagunas que tienen sus vertientes tienen su pora. Cuando va a llover mucho, se siente chapotear en el agua. Se siente el ruido en el agua porque juegan los negritos. Muchos los han visto, también. La historia de los negritos del agua es muy conocida en estos lugares.*

Bailan, juegan y a veces se aburren de tanto jugar; entonces se les ocurre que pueden ayudar a alguien que llegue a sus dominios. Las mujeres son buenas, a ellas se las ayuda; a los hombres no, porque los hombres pegan y lastiman, o eso creen recordar.

Cuentan que el negrito pastor es el protector de las lavanderas. Como en los pueblos y en el campo tienen que ir a lavar la ropa en los arroyos y ríos, dicen que las lavanderas que dejan la ropa jabonada de un día para otro le piden al negrito pastor que la cuide. También cuando dejan ajuera la ropa tendida, se la encargan al negrito. Cuando pierden alguna pieza, le piden al negrito que se las busque, y a los pocos días la encuentran.

Le pagan al negrito con un poco de tabaco que le tiran al techo de la casa. Cuando no le pagan lo que le han prometido, es inútil que



le vuelvan a pedir nada, porque no atiende ningún ruego ni pedido. El negrito pastor casi nunca anda solo, anda con otro pastorcito como él.

Estos son los cambacitos* de la laguna Tagua. Cuentan que ellos eran unos negritos que cuidaban la hacienda, las vacas, los caballos, todo de un señor muy rico. Dicen que se les perdieron unos animales y el patrón lo mató a azotes al negrito. Y estos negritos, de muertos, aparecen como fantasmas en la laguna, en los esteros, en todas partes ande hay agua, para asustar y hacer mal, porque ellos murieron así, por ese caté* malo, po. Pero son buenos con los pobres, por eso ayudan a las lavanderas.

Bailan, juegan y a veces se aburren de jugar entre ellos. Pasa el tiempo y los que llegan a las orillas se van, y ellos nuevamente están solos con el dolor y los recuerdos que quieren volver, y ellos que no quieren recordar... Entonces piensan que la solución es tener nuevos compañeros de juego, otros, los otros.

Los negritos del agua son como indiecitos negros, muy traviesos; juegan en el agua todo el día. Se los ve de lejos. Cuando se apoderan de alguien, tratan de hacerlo ahogar. Dicen que una vez un pobre viejo que iba bordeando la laguna fue echado al agua por los negritos del agua. Alrededor del viejo jugaban chapaleando en el agua y lo salpicaban, mientras otros negritos trataban de meterle la cabeza abajo del agua. El viejo ya estaba casi ahogado cuando pasó por el camino un hombre y, viendo lo que le pasaba al viejo, se acercó y lo salvó. Los negritos del agua desaparecieron.

Los dos hombres contaron a todos cuál era la laguna en donde aparecen los negritos del agua y el peligro que hay en ese lugar. Todos saben que muchas lagunas tienen negritos y la gente tiene cuidado de acercarse en las horas de la siesta. Los negritos del agua tienen también una historia, porque han sido muertos por un patrón muy malo que tenían, y han revivido en esa forma que tienen.

Cada tanto fallan y no logran tener nuevos compañeros de juego, y se vuelven a quedar solos. No les importa porque tienen tiempo, mucho tiempo. Siguen en el agua, juegan, se ríen, asustan,



bailan, miran el reflejo de la luz en las piedras empapadas. Pero empiezan a recordar y vuelven a intentarlo; entonces sienten que es mejor, mucho mejor, si son niños o niñas los que los acompañan, pues son más divertidos.

En las siestas de verano y en las noches de luna, salen los negritos del agua a bailar en la costa de las lagunas. Dicen que invitan a los niños a bailar con ellos. Es como un llamado de magnética, porque dicen que nadie puede librarse de la invitación al baile. Y cuando están bailando, de repente, se hunden en el agua, llevando a las pobres criaturas. Es peligroso para los niños acercarse al agua en las siestas ardientes y en las noches de luna, porque salen los negritos del agua y los ahogan. Dicen que los negritos del agua eran unos negritos pastores que los patrones los mataron a azotes porque dejaron perder los animales que cuidaban.

¿Son dos los negritos? No, hay muchos, muchos que quieren olvidar lo que les pasó y lo que les hicieron, y entre esos muchos, que solo quieren jugar y bailar porque antes no pudieron hacerlo, hay uno que quizás se acuerde más que los otros, el negrito de un solo ojo, y que quizás no pueda soportar más dolor ni propio ni ajeno.

En un lugar del Carrizal, que hay muchas aguas, que se llama con el nombre de Iberá pero no es la laguna grande, vive un negrito. Es el dueño del agua o el negrito del agua. Tiene un solo ojo. Cuando algún chico se ha acercado al manantial, se le ha aparecido y le dice que vuelva a su casa, que la madre lo llama. El niño, al ver a ese monstruo con un solo ojo grandote, emprende desesperada carrera hacia su casa, enloquecido de susto. Así, las criaturas no van a ese lugar que es peligroso y se vuelven a la casa.

Alguno fue el primero, ese que armó un camino para los demás, para los otros negritos. Ninguno tiene nombre, salvo el primero; quizás él los fue buscando para llevarlos a las lagunas, los arroyos, los ríos y los esteros, y darles la oportunidad que no tuvieron antes, cuando estaban vivos, para que bailen, jueguen y olviden mientras él recuerda por todos. Él es el negrito pastor.

Una viejita del campo me contaba la historia del negrito pastor. Dicen que era un negrito esclavo que trabajaba en una estancia de un estanciero muy rico. Dicen que lo mandaban a cuidar la hacienda. Dicen que una vez le faltó un novillo muy lindo. Salió a buscarlo. Lo anduvo buscando noche y día por el monte, por los esteros, por todas partes. No lo encontró y tuvo que darle cuenta al patrón.

Dicen que el patrón era un hombre malo y lo agarró a castigar al negrito. Tanto le pegó que lo tiró al suelo muy golpeado. Entonces lo tiró sobre un tacurú, un hormiguero, y ahí lo dejó para que las hormigas lo desangraran.

Volvió a los tres días para enterrarlo, pero cuando llegó al lugar vio que el negrito estaba vivo y que lo rodeaban muchísimos novillos que le lamían los pies y las manos. Y por detrás vio que aparecía una luz, y en medio de la luz estaba la Virgen.

El amo casi se enloqueció de arrepentimiento y disparó a su casa, y dicen que al poco tiempo murió. Por un milagro, el negrito del pastoreo revivió y, como si fuera del otro mundo, quedó en el campo y en las lagunas, y protege y cuida a los animales y los cura cuando están enfermos y los busca cuando se pierden. Muchos ven al negrito pastor, casi siempre en las lagunas, pero pocos saben su historia verdadera.

Los narradores

El material incluido en esta obra, como ya se aclaró, es de origen oral. A continuación, se detallan los nombres de los narradores de cada leyenda, su lugar de origen y el año en el que fue realizada la recopilación.

LA PERICANA:

- Jacinto Monteros, 72 años. Esquina del Sauce, Desamparados (San Juan), 1953.
- Jesús María Sosa, 18 años. La Carolina, Pringles (San Luis), 1944. El narrador es peón campesino.

EL SACO DEL ÁNIMA:

- Isidro Abel Alfaro, 59 años. Piedra del Espejo (barrio de la costa del río Paraná), Bajada Grande, Paraná (Entre Ríos), 1970.

LAS TRES CRUCES:

- Antonio José Pretti, 42 años. Barrio de La Costa, Paraná (Entre Ríos), 1970.

EL GRITÓN:

- Emilio Leguiza, 88 años. El Chusco, General Belgrano (La Rioja), 1950.
- Antonio Gómez, 93 años. Santa Ana, Candelaria (Misiones), 1970. Campesino rústico, bilingüe guaraní-español, analfabeto.

EL TORO ASTAS DE ORO:

- Diego Barrientos, 58 años. Guayamba, El Alto (Catamarca), 1952.

EL CAZADOR DE CUERVOS:

- Abdón Castro Tolay, 68 años. Humahuaca (Jujuy), 1968. Gran conocedor de las costumbres y las tradiciones de la Puna jujeña.

LOS NEGRITOS DEL AGUA:

- Elidio Schweizer, 70 años. Esquina (Corrientes), s. f. Lugareño de cierta cultura.
- Juan Herrera, 47 años. Cataratas del Iguazú, Iguazú (Misiones), 1951.
- Elvira Quiroz, 40 años. Villa Libertad, Resistencia (Chaco), 1952.
- Luisa Gómez, 45 años. Curtiembre, Goya (Corrientes), 1948.
- Juana López, 30 años. Colonia 3 de Abril, Bella Vista (Corrientes), 1948.
- Rosa Rojas de Neumann. Zona rural de la ciudad de Corrientes (Corrientes), 1962. La narradora es maestra de escuela.

Glosario

Áhi: regionalismo por *ahí*.

Aporrear: dar golpes a una persona.

Azotiadura: paliza, andanada de golpes.

Cambacitos: negritos.

Casco: en un establecimiento agrario, casa principal e instalaciones asociadas (galpón, corrales, mangas, etc.).

Caté: patrón, amo; persona de las clases instruidas.

Cha: aféresis (pérdida de sonidos al comienzo de una palabra) de “pucha”; interjección para expresar enfado, contrariedad o sorpresa.

Contau: dicese por *contado*, participio del verbo *contar*.

Corridas: movimientos de hacienda baguala, salvaje, que se realizan para encerrarla y luego venderla.

Cuadreras: carreras de caballos que se realizan a campo traviesa y donde se apuesta.

Dentrando: regionalismo por *entrando*, gerundio del verbo *entrar*.

Dueño: esta palabra aparece con el sentido de protector, no de propietario de un bien.

Ladiaron: *ladearon*, del verbo *ladear*, hacerse a un lado.

Pericana: *pelicana*, canosa.

Pespir: lechuza pequeña, típica del noroeste de Argentina.

Pora: fantasma que tiene un gran poder y toma formas muy diversas.

Quedita: regionalismo por *quietita*.

Recular: andar para atrás.

Refucilo: relámpago, rayo.

Sol de noche: farol de kerosene, muy usado en lugares sin electricidad.

Tientos: arreos para ajustar la montura a un caballo; suelen engancharse en ellos el lazo y el rebenque, al alcance de la mano del jinete.

Bibliografía

Berti, Eduardo (comp.) (2009). *Fantasma*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Guzmán Almagro, Alejandra (2017). *Fantasma, apariciones y regresados del más allá*. Buenos Aires: Sans Soleil Ediciones.

Vidal de Battini, Berta (1976). *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*, t. VIII. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.



De espantos y aparecidos

Antología de cuentos
populares argentinos